

# Puntos, comas y paréntesis UN CRITICO QUE SE LAS TRAE

por El Escriba

¿Es posible que en este año, revolucionario en todos los aspectos de nuestra nacionalidad, la crítica literaria siga resultando «resaca y municipal»? ¿Es posible que a esas alturas nos encontremos con críticas que utilicen el tono protector y hasta hacen de personavides? ¿Es posible que ciertos críticos sigan considerando a los jóvenes intelectuales como a muchachitos descarrados, a los que se recuerda con tono amonitatorio que deben reintegrarse al redil? ¿Es posible que siga en pie el escandaloso esquema: «¿casas inapelables y ciegos sumidos?» en una palabra, ¿es posible que el crítico continúe siendo un sujeto de terror para sus enjuiciados?

Hago estas preguntas a propósito de la carta abierta del crítico teatral Luis Amado Blanco en respuesta a la que le dirigiera el director de teatro Julio Matas. Mientras la leía me parecía estar escuchando la reprimenda de un maestro de escuela a un niño malcriado. «... Y ahora vas a quedarte en penitencia y copiarás mil veces: «Prometo ser un niño obediente». Pero mejor que todo esto será que el lector juzgue por sí mismo. He aquí como trata Armando Blanco al «chulo Julio Matas»: «He dado en pensar que usted no deja de poseer el arte supremo, esa conciencia dinámica del fuego, el humo y la chumena, ya que confunde, a sabiendas los hechos, en aras de una interpretación, en la que se nos aparece como sorprendente desdoblador fascinante. «En fin nada entre dos platos, mejor dicho muy poco en el suyo. Vaya, se usted al extranjero, estudie con cálido fervor, vuelva pronto ya sin urgencia, y ya verá como sus anhelos se logran. La prisa, querido amigo, es muy mala consejera. Y el resentirse sin motivo, una disposición anímica extraordinariamente peligrosa».

Todo esto es evidentemente irritante. Cualquier lector que no conozca a Matas pensara que se trata de un improvisado, de ese tipo arrivata que se mete donde no lo llaman, en fin, de alguien carente de todo valor intelectual y que ha tenido la candia de posarse en la cola del león...

Ahora bien, no es la primera vez que Amado Blanco se permite estas expropiaciones de una ira ma, contenida. Hace sus buenos diez años implantó el terror con motivo de un artículo de Virgilio Piñeda encaminado a refutar los puntos de vista de Armando Blanco a propósito del estreno de «Electra Geórgica». Pues en aquella ocasión, a Amado Blanco, a tono con su condición de Jupiter trontronzante, le resultó inabordable que Piñeda le saliera al paso. «¿Qué hizo entonces? ¿Agotar el debate? ¿Abrir la polémica? En suma, ¿proceder como escritor y nada más que como escritor? No, por cierto. Considero osadía imperdonable que Piñeda objetase sus fallos inapelables. En consecuencia puso el grito en el cielo por lo que consideraba atestado incalificable a su persona. Y tanto

ruido hizo que el asunto fue llevado a junta en la Asociación de Artistas Teatrales y Cinematográficos (ARTYC). Se decidió castigar severamente a Piñera. No voy a hacer la historia detallada de este lamentable incidente porque es de sobra conocido de la gente de teatro y del público en general, pero sí recordaré que a Piñera se negó, desde ese momento, la sal y el agua.

Uno de los acuerdos de ARTYC fue la publicación, en todos los periódicos y revistas de La Habana, de la respuesta de Amado Blanco («Los Intocables», 15 de diciembre de 1948). Piñera, que se consideraba con el derecho a contestar, acudió inútilmente a los diarios: en todo ellos se le expresó que era acuerdo firme de ARTYC su irradiación total de todo cuanto tuviera relación con las actividades teatrales. En una palabra, Piñera se vio convertido, por las iras de Amado Blanco, en un apesado. Y tanto fue así que su pieza «Paisa Alarma», anunciada en la revista Prometeo para ser llevada a escena por el grupo teatral de ese nombre, fue precipitadamente retirada del cartel. Se me ocurre ahora que en un país medianamente culto, en un país donde tanto el arte como la política, es algo más que dictadura y contubernio, dicha verganza no habría tenido lugar. En ese país medianamente culto el señor Amado Blanco contestaría a Piñera y este volvería a contestar hasta agotar el tema, y paralelamente a este cambio de notas —como se oía en lenguaje diplomático— Piñera seguiría estrenando y Amado Blanco proseguiría enjuiciándolo como mejor le pareciera.

Por tanto que Amado Blanco alude a Piñera en su lamentable carta a Julio Matas, y lo alude esgrimiéndolo. Pero ¿se puede tomar por sincero tal elogio? En modo alguno. En su respuesta a Matas, al referirse a «Jesus» pieza propuesta por Matas para ser representada en el teatro de la Dirección de Cultura» expresa lo que sigue: «Se apareció usted con un nuevo cambio bajo el brazo, nada menos que «Jesus», de Virgilio Piñera. Y digo nada menos, por que todo el mundo sabe en Cuba, que si difícil es llevar dinámicamente una obra clásica a la gloria de un escenario, tan difícil es la pieza de Piñera». De modo que ahora «Jesus» es tan difícil como una pieza clásica? Y este «como» implica que «Jesus» vale la pena como obra de teatro. Pero, ¿como armoniza Amado Blanco este su nuevo parecer con la crítica que de dicha obra hiciera con motivo de su estreno? Oigamos su enjuiciamiento en aquella ocasión: «La actualidad pública» hemos dicho, y como quiera que la expresión se trata a equivocos, se nos permitió explicar que la actualidad que se periodísticamente modificada por la influencia del público a tales actos, por el interés mostrado por el respetable hacia la obra teatral de este pícaro e ingenioso Piñera y como se celebró ante una inmensa y dispersa minoría, sin caracte-

ras, de selección, su actualidad o su importancia, para ser más categóricas, se reduce a cero bajo cero, a cero absoluto. Y termina: «Un gran asunto, pero nada más que un gran asunto, ya que los asuntos importantes o no importantes según se los trate, según se les dirija hacia el dulce puerto de salvación más o menos eterna. Un gran asunto, echado a perder, con solo dos cuadros discretos de los cinco habidos. Indudablemente no están todos los que son, ni son todos los que están. Así es la vida».

Al lector le bastará para hacer su comparación de lugar. Lo que en 1932 resultaba un gran asunto pero echado a perder, lo que era cero bajo cero, hoy es «cero menos que Jesús». Así, difícil como una obra clásica. Y este señor cuya parcialidad es evidente, cuya malicia quedó demostrada patentemente con el «affaire» Electra —asunto del que se hizo eco La Habana entera durante años—, este señor, digo, es nada menos que Presidente de la Comisión de Teatro, Música y Danza de la Dirección de Cultura. Y por si fuera poco todo esto, he recibido una carta del señor Duménila que he pasado al Director de REVOLUCION para su publicación, si lo estimara pertinente: en que se queja de incumplimiento de palabra por parte de Amado Blanco.

Nos parece que tales incidentes acaecidos durante una larga década van conformando a un personaje que hasta ahora ha conpeado por su respeto en el inseguro terreno de nuestras letras. Hablaba hace poco de las «primas respetuosas» y consecuentemente del tribunal que juzgaba si la respetuosidad era poca o mucha la irrespetuosidad. Amado Blanco, que también ni «ha olvidado nada ni aprendido nada», cree estar todavía en los tiempos felices para el del terror literario. Por eso se permite decirle a Matas «desdoblador fascinante» y que «sin urgencia de irse a medrar fuera». Esto se llama sencillamente falta de respeto, y lo que es peor: penitencia a sufrir por «manifiesta irrespetuosidad». El alumno ante el maestro debe inclinarse... Por fortuna, los tiempos no son los mismos. Hace diez años las mordazas apretaban las bocas hasta hacerlas sangrar; hoy los cumplidos son denuncias y aplausos por la mano vengadora de la Revolución. Las políticas y los literarios, como en este caso.

CONSUMA  
productos  
CUBANOS